

VICIO DE BELLEZA

Andrés Morales

Red Internacional del Libro, Santiago de Chile, 1992.

Empiezo por el título: no sólo acertado por sí mismo, sino porque compendia muy bien el sentido global del mismo. Hay en estos poemas una peculiar (y ajustada, por justa y por rigurosa) tensión entre lo placentero y lo inalcanzable; entre el rigor de lo bello y lo inestable del vicio. Y eso, por un lado, tiene un carácter de certeza trascendental; pero, por otro, no puede sustraerse (y es lo más notable a mi entender) a una particular agresión irónica, tanto en su *materia* (la existencia y su degradación física y temporal) como en lo que atañe al lenguaje (siempre en esa delgada y delicada, línea entre lo dicho y lo no dicho). Ya digo: su mejor valor.

Pero es que tal posición de partida, que se mantiene como sustento nuclear del conjunto, nos lleva a lo que resulta ser el “meollo” de esta poesía: la necesidad de revelar lo *inevitable*. Lo que esta escritura revela, alumbra, ilumina, descubre —y en esto apuesta por un radicalismo indiscutible— es aquello que no se ve y no se dice: el otro lado del discurso. La palabra, el verso, apenas es el teatro de tal proceso de búsqueda e inauguración: la escritura nos lleva hasta el borde y allí nos deja, ante lo blanco que es también la luz. Un ejercicio disciplinado —entendiendo por disciplina una exigencia mallarmeana— que contiene un impulso absolutamente liberador de todas las máscaras, lastres y obstáculos que, a este lado del vivir, existen. Y que suele ser el lugar donde el común de los mortales (y muchos de los presuntos poetas) solemos detenernos.

¿No es el poema “Nocturno de las voces”, por ejemplo, una suerte de archipiélago de palabras, o de constelaciones de palabras, en el mar, o cielo oscuro, de la página? ¿No se iluminan o se descubren, unas y otras, en ese discurrir que es el poema; y no se apagan (se pierden para dar paso a la verdadera luz que es el blanco alumbrado) después de oírlos? Lo mismo me parece en un poema muy bello titulado “Retrato bajo la lluvia”.

Y, acaso, “Arte poética” me dé la razón, confirme como corroboración final, a punto de ir a la Segunda Parte, cuando vislumbro. El ejercicio de la poesía como una acción que supone un progresivo borrar la palabra, hacerla desaparecer en su integridad física, para que renazca (deletreada, balbuceada al azar) tras “despertar al sueño vivo y a la muerte”.

Un ejercicio, en fin, de precisión rítmica: abriendo siempre la atención con intención. Ajuste, como decía al principio, entre el verso que discurre y la pausa que se abre: una respiración muy interesante la de estos poemas. Respiración interesante, porque en ella se va la vida. No en vano, la segunda parte sucede a la “Última voluntad” que se hermana con el poema más *histórico* de todo el libro, “Los elegidos”. La segunda parte, donde se desarrolla, precisamente, esa otra cara del ejercicio poético de Andrés Morales: el ajuste de cuentas con el tiempo. Este presente de la palabra escrita donde los elementos *son* la memoria. Es decir, donde la experiencia habida, en vez de ponerse en marcha de nuevo, y discurrir (la anécdota) en el poema, *está* en el poema; más *es* el poema. No es casualidad que sea una secuencia de *visiones*, una especie de apocalipsis al revés (*Visiones de San Juan en Occidente, MCMXCII*); o quizá, haya que decir el apocalipsis, culminación de la experiencia visionaria, al derecho. Nuevo Patmos.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

Instituto de Bachillerato “Tres Cantos”, Madrid